

Antropología Experimental

<http://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae>

2025. nº 25. Texto 05: 49-65

Monográfico: Paisaje lingüístico

Universidad de Jaén (España)

ISSN: 1578-4282 Depósito legal: J-154-200

DOI: <https://dx.doi.org/10.17561/rae.v25.9417>

Recibido: 15-11-2024 Admitido: 20-01-2025

Escritura y muerte. Los epitafios en el paisaje lingüístico de la ciudad de Córdoba (Argentina)

Writing and death. Epitaphs in the linguistic landscape of the city of Córdoba (Argentine)

Romina GRANA

CIFFyH, UNC (Argentina)

romina.grana@unc.edu.ar

Resumen

La muerte, desde tiempos inmemoriales, es un lugar tabuado social y psicológicamente, y el cementerio, como espacio reservado a la presentización de ese tabú, se resiste al paso del tiempo. El principio de finitud está en cada pasillo del cementerio entre lápidas, flores y cipreses, el árbol que por sus raíces rastreras y semiporosas deja respirar a los muertos y que además por su forma cilíndrica y alargada funciona como puente de elevación de las almas hacia el cielo. Las lápidas, en este contexto, constituyen el lugar de nuestra atención. El objetivo de este trabajo es indagar sobre el paisaje lingüístico necrológico de Córdoba (Argentina) según surge de un estudio sobre algunos epitafios del Cementerio San Jerónimo de la ciudad. En este sentido, recoger la palabra que allí circula, observar cómo dialogan muertos y deudos constituye en centro de nuestro interés puesto que partimos del supuesto de que integran el paisaje lingüístico de la ciudad en un dominio que se recorta especialmente de otros campos sociales. La palabra escrita en estos epitafios es concebida como un gesto de resistencia contra la finitud material de la muerte: reclama el derecho de una existencia donde el lenguaje es el vehículo de eternidad. En este sentido, un estudio sobre el paisaje lingüístico centrado en los epitafios implica reconocer un modo de apropiación especial del espacio urbano donde la escritura indexa otras presencias que ya no pertenecen al mundo físico.

Abstract

Death, since time immemorial, has been a socially and psychologically tabooed subject, and the cemetery, as a space dedicated to materializing this taboo, resists the passage of time. The principle of finitude permeates every corridor of the cemetery, amidst tombstones, flowers, and cypresses—the tree whose creeping, semi-porous roots allow the dead to “breathe” and whose cylindrical, elongated shape serves as a bridge to elevate souls to the heavens. Tombstones, in this context, become the focal point of our attention. The objective of this study is to investigate the necrological linguistic landscape of Córdoba (Argentina) through an analysis of selected epitaphs from the San Jerónimo Cemetery in the city. Collecting the words that circulate there and observing how the dead and their mourners engage in dialogue forms the core of our inquiry. We posit that these elements constitute part of the city’s linguistic landscape, carved out as a distinct domain separate from other social spheres. The written word on these epitaphs is conceived as an act of resistance against the material finitude of death: it asserts the right to an existence where language becomes the vehicle of eternity. In this sense, studying the linguistic landscape through the lens of epitaphs entails recognizing a unique form of urban spatial appropriation, where writing indexes presences that no longer belong to the physical world.

**Palabras
Clave**

Paisaje lingüístico. Epitafios. Escrituras. Tabúes. Muerte
Linguistic landscape. Epitaph. Writings. Taboos. Death

*A mi abuela Hilda
con la que disfruté sin miedo
del cementerio cuando era chica*

Introducción

El cementerio puede pensarse como un lugar donde se cristaliza y se refugia la memoria (Nora, 1984), un espacio donde la conciencia sobre el pasado se hace patente y expresa, entre otras cosas, la finitud de la vida y el paso del tiempo. Es algo así como *el* espacio para que deudos, familiares, amigos o personajes importantes habiten un eterno presente a través de la voz de quienes los recuerdan. El cementerio no tiene referente en la realidad, o si lo tiene, ¿cuál sería? ¿la muerte misma? ¿qué imagen la representa? ¿a qué signos o símbolos acudir para reconocerla? ¿no se trata más bien de pensar en que su referente es el mismo lenguaje? ¿no serían entonces las retóricas de la muerte que surgen de los epitafios las que permiten asir el sentido de la muerte y, por ende, de la institución social del cementerio? El cementerio parece erigirse como signo en estado puro, que remite a sí mismo a partir de un elemento que lo define: el epitafio, escritura puente entre mundos, instancia mediadora entre la institución y los sujetos (vivos y muertos) que la constituyen.

El cementerio como espacio de memoria también puede ser pensado como un vector que “permite visualizar las condiciones de una política del recuerdo, entendida como la articulación de voluntades que genera condiciones de posibilidad para la construcción de saberes, afectos e identidades sobre el pasado y que están siempre abiertas a resignificación” (Piper, 2009 en Piper-Shafir et al., 2013, p. 23). Y esa política del recuerdo, para su visualización, recurre al epitafio como espacio que da lugar a la acción social de recordar. El epitafio hace evidente el uso público del espacio para conmemorar la memoria del difunto lo que en definitiva nos lleva a una concepción discursiva de la memoria que se construye *en, por y a partir* de lenguaje. De allí que recordar es hacerlo con el lenguaje.

Según esta concepción que ata lenguaje y memoria es que se pueden extender algunas consideraciones sobre la idea de que los lugares de memoria (cementerio como institución y epitafio como escritura de la memoria) son marcadores materiales y simbólicos de un espacio de enunciación (Achugar, 2003) en donde los actores sociales que se apropian del lenguaje gestionan una serie de significados asociados a la vida, el recuerdo, la muerte, los mundos materiales y espirituales, etc. que se conoce a través de la mediación de la escritura.

Para la RAE, la historia del vocablo es la siguiente: *epitaphium* ‘epitafio’, y este del gr. ἐπιτάφιος *epitáphios* ‘sepulcral’, ‘funeral’, de ἐπι- *epi-* ‘al pie de’ y τάφος *táphos* ‘tumba’, y, más abajo, dice que es una “Inscripción que se pone, o se supone puesta, sobre un sepulcro o en la lápida o lámina colocada junto al enterramiento”. Sinónimos de epitafio son *dedicatoria, epigrama, leyendas, notas*. Para este trabajo, además de los epitafios clásicos, contamos con registros de lápidas planas colocadas en muros de panteones, mausoleos o nichos.

A partir de lo antedicho, podemos afirmar que el epitafio es un elemento de indexación ya que, como dice Larra -en “El día de difuntos de 1836”- “habla de los muertos” y con ello se pone voz a un eterno callado, a un “aparente” silenciado para siempre. Las inscripciones fúnebres -como hechos de lenguaje- tienen la misión de perpetuarse en el tiempo: recuperan voces que vienen del más allá y las anclan en un espacio/tiempo de eterno presente: el muerto está ahí, siempre dicho por las palabras inscritas en las lápidas. En este sentido, el lenguaje señala el mundo, es decir, habla del mundo al cual está aferrado; para este caso, la muerte y sus extensiones hacia el presente. E incluso más, el epitafio como testimonio de la vulnerabilidad de la vida tiene entre sus condiciones de posibilidad una pretensión de resistencia, de perpetuidad que acentúa la marca de quietud, de inmovilidad propia de los sentidos asociados a la muerte y, por qué no, a la historia.

Notas teóricas: el paisaje lingüístico

El marco teórico de este trabajo pertenece al dominio amplio de la Sociolingüística y, dentro de él, optamos por un enfoque específico: el Paisaje Lingüístico (en adelante PL) que centra su mirada en las manifestaciones lingüísticas que se presentan en el espacio público. Por PL entendemos junto con Landry

y Bourhis (1997) el estudio del lenguaje público de las calles, señales públicas, carteles publicitarios, nombres de calles, etc. que constituyen un signo de la vitalidad lingüística de una comunidad:

“The language of public road signs, advertising billboards, street names, place names, commercial shop signs, and public signs on government buildings combines to form the linguistic landscape of a given territory, region, or urban agglomeration. The linguistic landscape of a territory can serve two basic functions: an informational function and a symbolic function” (p. 25).

El trabajo que llevaron adelante estos autores fue una pieza clave en el reconocimiento del estatus sociolingüístico de los sujetos que convivían en la Québec de los noventa. Además, este aporte funcionó como lugar de emergencia de un campo de interés académico con elevada proyección; en palabras de Calvi (2018), el PL ofrece un

“aparato teórico y metodológico en el que confluyen aportaciones de diferentes disciplinas tales como la geografía, la sociología del lenguaje, la antropología lingüística, la semiótica, la etnografía, la glotopolítica (Guespin y Marcellesi 1986; Arnoux 2000), la sociolingüística y sus desarrollos recientes, tales como la lingüística de la migración (Zimmermann y Morgenthaler García 2007) y la lingüística de la globalización” (Blommaert 2010, p. 7).

Antes de sus desarrollos más extendidos y actuales, la noción de PL se aplicaba a los textos/marcas escritas en espacio públicos exteriores pero

“muy pronto el escenario se ha ampliado hasta incluir nuevos ambientes y modalidades: espacios públicos cerrados como las escuelas (schoolscapes) (Menken, Pérez Rosario y Guzmán Valerio 2018), espacios virtuales (Hiippala, Hausmann, Tenkanen y Toivonen 2018) y paisajes sonoros (soundscapes)” (Pappenhagen, Scarvaglieri y Redder 2016, en Calvi, 2018, p. 9).

Además, se debe considerar que forman parte del PL signos lingüísticos propiamente dichos, pero también íconos como dibujos, imágenes o diseños tipográficos. Este dato no es menor para nuestro trabajo pues buena parte de los epitafios recogidos contienen fotos, grabados y tipografías de estilo variable, indicadores de sentidos añadidos que un estudio pormenorizado podría recuperar. Esta dimensión de un trabajo que vincula lo lingüístico con lo visual ha sido trabajada por Jaworski y Thurlow (2010); los autores entienden que las imágenes desempeñan funciones simbólicas que reenvían a distintos espacios; para nuestro caso, la foto de un difunto, los textos que la acompañan y algún otro posible símbolo que se pueda encontrar en la lápida (cruz, estrella de David) invitan a complejizar el lugar de enunciación para visibilizar niveles de significación: el lenguaje es acompañado por “algo más” que aporta datos sobre la identidad del difunto con lo cual el terreno de lo visual se amplía. Incluso, ¿podríamos pensar que se trata de un *parergon* (Derrida, 2005) ¿esa cruz, esa estrella de David, son sólo un *ornamento* “que no pertenece intrínsecamente a la representación total del objeto como parte integrante sino solamente como aditivo exterior” (p. 64)? Si bien no nos dedicamos al análisis de estos elementos, conjeturamos que expanden un dominio de interpretación y casi por una necesidad moral se destacan sobre un fondo donde parece imperar la escritura. Hablan por sí mismos, no son restos o agregados que añaden plusvalía; antes bien, son signos puros en un espacio estético en el que confluyen diferentes retóricas.

Otro autor que destaca la importancia de los estudios de PL en la actualidad es Moustouhi Shrir (2019) quien entiende que el estudio sobre

“textos públicamente visibles en cualquier lengua escrita, a saber, letreros, carteles, pancartas, señales, graffiti y todo tipo de inscripciones, tanto las elaboradas profesionalmente como de manera improvisada, presentes en el espacio público y privado” constituyen un modo de observar el funcionamiento del lenguaje en sociedad lo cual

habilita el reconocimiento de cómo las “comunidades lingüísticas crean, reinventan, negocian y construyen sus prácticas y usos de la lengua en un espacio y contexto histórico determinados” (p. 9).

Esta observación resulta particularmente interesante para estudiar sociedades multilingües o en contextos de vulnerabilidad como son las migraciones.

Entre los reconocimientos más fuertes de este enfoque destaca su vínculo con la *geografía*, pero no entendido desde el mero enclave espacial de las manifestaciones lingüísticas. Más bien se trata de pensar en un paisaje dinámico y móvil que conduce, necesariamente, a interpretaciones activas sobre lo que hacen los hablantes con su lengua en el espacio en el que se mueven.

Estas ideas dialogan en nuestro trabajo con el concepto de *geosemiótica* acuñado por Scollon y Scollon (2003) quienes postulan que los discursos están geolocalizados motivo por el cual debemos pensar en el lenguaje atendiendo al mundo material en donde se expresa. Para el caso, esta observación es de vital importancia en la medida en que la condición de posibilidad del epitafio descansa en el carácter finito de la vida: la muerte es su motivador y disparador y el lugar que funciona como condición para su emergencia es el cementerio: una porción de tierra destinada a los enterramientos que los epitafios señalan. Estas escrituras situadas marcan un momento de enunciación que parece reeditarse una y otra vez en un eterno presente pero que el caminante sabe que es signo de lo que fue. Pensar en una geolocalización supone asumir que lo que leemos, escuchamos o producimos está localizado lo cual nos obliga a vincularnos con la materialidad del mundo: el cementerio y sus calles de pavimento, el exceso de edificación en algunos sectores, la presencia de árboles, el silencio, el escaso espacio entre las tumbas o panteones y hasta la altura de los nichos funcionan como condicionantes físicos que imponen un modo de gestionar los cuerpos y los movimientos en el espacio y un modo también particular de observar los epitafios.

Como corolario de estos comentarios, trabajar con la propuesta que supone el PL no conduce sino a reconocer la dimensión lingüístico-comunicativa, social y política de la lengua, sus signos y sus prácticas en el seno del espacio: se trata de recuperar cómo el lenguaje se apropia de un dominio tabuado como es la muerte y cómo esa apropiación queda sellada en un tipo particular de escritura.

Presentación del espacio de estudio y metodología

El Camposanto de San Jerónimo fue inaugurado por las autoridades provinciales en 1843 -en ocasión de una epidemia de viruela- pero tiene otro antecedente importante en 1838, año en que se registra una epidemia de escarlatina. La necesidad de “limpiar” la ciudad de los muertos hizo que fueran enterrados a las afueras o en lonjas de terreno vecinas a algunas iglesias. Este proceso fue llevado a cabo por los funcionarios de la gestión del Gobernador Quebracho López quienes destinaron poco más de 5 hectáreas de lo que hoy es Barrio Alberdi, una zona ubicada al oeste de la ciudad muy cercana al Río Suquía.

Respecto de los modos de enterramiento, cabe destacar que las primeras sepulturas fueron bajo tierra, pero hoy podemos encontrar cierta variedad y fastuosidad edilicia: hay cofradías, nichos, panteones y mausoleos. Algunos de los personajes más reconocidos que descansan allí son: Marcos Juárez (estanciero, jefe de la Policía y Gobernador de la Provincia entre 1889 y 1890, falleció en marzo de 1900); Tránsito Cáceres de Allende (filántropa que impulsó la creación de distintos hospitales y lugares de asilo en Córdoba, murió en septiembre de 1916); Agustín Tosco (dirigente sindical cordobés del gremio de Luz y Fuerza, miembro de la Confederación General del Trabajo y uno de los principales actores del Cordobazo¹, falleció en noviembre de 1975) y Deodoro Roca (abogado, periodista, dirigente universitario y activista por los derechos humanos; reconocido por haber escrito el Manifiesto Liminar de la Reforma Universitaria² de 1918, falleció en junio de 1942).

Concretamente, el corpus está formado por un centenar de registros fotográficos obtenidos por el fotógrafo Agustín Gatti y la autora, con teléfono móvil, en el Cementerio San Jerónimo el 1 de junio de

¹ El “Cordobazo” fue una manifestación obrera y estudiantil que tuvo lugar en Córdoba, Argentina, el 29 y 30 de mayo de 1969 en respuesta a las represiones de las fuerzas de seguridad a quienes reclamaban por sus derechos laborales y de protesta.

² La Reforma Universitaria fue un largo proceso que llevaron adelante los estudiantes de la Universidad Nacional de Córdoba en 1918 quienes lucharon por democratizar su enseñanza y otorgar carácter científico a sus carreras.

2024 en el marco del Curso/Taller “Nuevos escenarios pedagógicos: el Cementerio en el aprendizaje de la historia local” organizado por el Bibliotecario y Educador de Museos Julio Melián quien además me facilitó generosamente 28 fotografías producto de su trabajo, algunas de las cuales coinciden con las propias³. No está de más mencionar que se ha pedido permiso a las almas para tomar fotografías de los textos objeto de interés e incluso declaramos que dado que se trata de un espacio público no hay impedimentos para publicarlas; de todos modos, están borrados los rostros de las lápidas por un recaudo personal, ético y emocional.

A nivel metodológico, cualquier estudio de PL implica la utilización de algunas herramientas provenientes de la etnografía de la comunicación; de ella tomamos particularmente una técnica de recolección de datos, la observación participante, que supuso el uso de un cuaderno de notas donde asentamos los datos que recogimos durante la visita al camposanto. Esta libreta de campo ha sido el instrumento esencial del trabajo pues allí quedaron asentadas valoraciones propias y ajenas no sólo sobre el recorrido realizado sino también impresiones generales sobre las prácticas vinculadas al recuerdo y cómo la escritura interviene en ellas. Por otra parte, tomamos de O’Neill y Roberts (2019) la idea de *walking methods*, es decir, de una metodología que revaloriza en “caminar” como actividad reflexiva: el “mero andar” es el modo privilegiado para acercarse al espacio, es un modo de hacer “investigación en movimiento”. En este sentido, la visita al Cementerio San Jerónimo se ancla en un doble eje: aquel que nos posiciona como paseantes, como sujetos que miran un espacio cambiante, una galería de imágenes y textos que se suceden al pasar, pero también como sujetos anclados en un contexto espacial en el que impera la quietud entendida como su condición de existencia. El epitafio, como símbolo de ese estatismo, es, al decir de Petrucci (1995) un tipo de “escritura expuesta”, es decir, constituye un modo de exhibición al viandante que reclama la mirada activa del receptor.

Esta metodología de corte eminentemente cualitativo nos obliga a establecer qué se considera como unidad de análisis. Nosotros asumimos con Franco-Rodríguez (2008) una noción de “texto” entendido como una “escritura desplegada en el ámbito público cuyo contenido está ligado al negocio, institución o particular que lo exhibe” (p. 7). Y el epitafio se incluye dentro de este tipo de escrituras e incluso se distingue por algunas características:

- Aporta datos sobre la identidad del finado y la fecha de defunción; en muchas ocasiones también hay datos sobre lugar de nacimiento y muerte.
- Ofrece la posibilidad de conjeturar las circunstancias en que se produjo la muerte (inmediatez, sorpresa, prontitud).
- Brinda información sobre el lugar ocupado por el difunto en el grupo social, generalmente la familia o comunidades de pertenencia.
- Ratifica datos en relación con la ocupación, profesión, aficiones del deudo.
- Anticipa datos sobre la calidad de persona, valoraciones, imagen pública del muerto.
- Aporta información relativa a sus creencias y afinidades religiosas.

Otra distinción que contribuye a especificar rasgos de la unidad de análisis es la que proviene de

“las diferencias entre los rótulos y textos oficiales (*top-down*) y privados (*bottom-up*). Los rótulos y textos oficiales son los que han sido colocados por instituciones públicas y reflejan la política lingüística oficial. Estos rótulos y textos incluyen los nombres de las calles, de edificios públicos, las indicaciones de distintos lugares en la ciudad, contenedores, etc. Los textos y rótulos privados proporcionan información comercial y pueden estar en distintos tipos de establecimientos como por ejemplo en tiendas, oficinas, bancos, bares, restaurantes. Entre los textos privados también se incluyen los posters, pegatinas, graffitis, etc.” (Cenoz y Gorter, 2008, p. 2).

Para el caso que nos ocupa, el análisis se centra en textos *bottom up*: textos privados, “informales” si se los compara con los expedidos por una institución, anuncios personales presentes en el espacio

³ Solo destacaremos las imágenes que sean de autoría de Julio Melián.

público del cementerio que, no obstante su ajuste al marco legal de las normativas que regulan el uso de las lenguas en este espacio, funcionan como textos variados, con fines disímiles, que nacen de la voluntad de particulares por construir la memoria sobre los difuntos.

El paisaje necrológico y sus escrituras

Diversidad lingüística

Una de las dimensiones de este análisis es la diversidad lingüística presente en el cementerio. Las consideraciones sobre este aspecto quedan atadas a un proceso histórico -y a una política de gobierno- que se registra en la ciudad de Córdoba a mediados del siglo XIX: se trata de la anexión de una parcela de terreno colindante hacia la margen sur del cementerio destinado a los enterramientos de los “disidentes”. Esta gestión de las tierras del camposanto se hizo en el año 1864, durante el segundo mandato del Gobernador Roque Ferreyra, y por ordenanza municipal se dictaminaba que allí fueran enterrados ciertos muertos “especiales”: inmigrantes que no tenían lugar para enterrar a sus deudos, judíos, ateos, musulmanes, suicidas, croatas, armenios, galeses, etc. No hay criterios claros que permitan tipificar según criterios claros quiénes iban a descansar a este “Cementerio del Salvador”, pero, según surge de la investigación y de alguna infografía y webgrafía que circula en redes parece que la distinción pasaba por la calidad de la persona, su religión o su situación ante la ley⁴, entre otros.

Hemos registrado inscripciones necrológicas en ruso, inglés, latín, francés, alemán y armenio. Estos registros además de constituir evidencias multilingües son signo de la configuración de una Córdoba en la que convivieron (y conviven) el español (y sus variedades) con otras lenguas lo cual permite extender algunas conjeturas sobre el entramado étnico y sociocultural de la ciudad en una extensa diacronía. Para Lola Pons Rodríguez (2012) el multilingüismo es “un hecho natural a los hablantes y a los territorios que estos ocupan” (p. 15) y de esta realidad, Córdoba, no quedó exenta.

Ahora bien. ¿Qué entendemos por multilingüismo? En el uso común, con esta palabra podemos referirnos, por un lado, a la cantidad de lenguas que habla un individuo (su conocimiento de idiomas) o, por otro lado, a cuántas lenguas se hablan en una sociedad o un territorio

“Sin embargo, en la comunidad científica se prefiere hablar de *plurilingüismo* o *bilingüismo* (equilibrado –*ambilingüismo*– o desequilibrado, esto es, con prevalencia de una lengua por encima de otra) con respecto al primer nivel –es decir, el multilingüismo individual– mientras que se reserva el término *multilingüismo* para lo relativo al segundo nivel, al ámbito de lo social o lo territorial” (Fishman 1968, 1969, 1972; Clyne 1997, en Pons Rodríguez, 2012, p. 20).

El multilingüismo es pensando como un escenario inestable de convivencia en una unidad territorial que se precia de monolingüe; sin embargo, son variados los estudios que corroboran el carácter multilingüe de las sociedades porque entienden que los flujos de información, las olas migratorias, e incluso la variabilidad interna de las lenguas son algunos aspectos que pueden ser pensados en términos de multilingüismo.

⁴ Para más datos, consultar los recursos audiovisuales de la siguiente página web: <https://turismo.cordoba.gob.ar/cementerio-de-los-disidentes-o-san-salvador/>.



Imagen 1. Pasaje interno que une cementerios, Esta puerta conecta, por dentro, el Cementerio principal con el de los “disidentes”. Es un pasaje del largo de un ataúd que se abre en una galería de nichos. La foto fue tomada desde el Cementerio anexo.

El caso de las inscripciones fúnebres que analizamos pone en crisis la falacia monolingüe que parece extenderse como denominador común para un Cementerio de una ciudad como Córdoba, mediterránea, fundada por españoles y con una fuerte tradición católica.



Imagen 2. Lápida en inglés (disidentes). In loving memory of
William Richard Bothamley
Born at Camberwell. London
Oct. 14th 1854
Died at Córdoba
Dec 29th 1922.



Imagen 3. Lápida en francés (disidentes). Ici repose
 Numa Chodat
 né le 23 décembre
 1886
 à Moutier (Suisse)
 décède le 30 mai
 1910.

Estos epitafios (imagen 2 y 3) están fechados entre finales del siglo XIX y los primeros decenios del siglo XX; este dato no es menor porque en esa época Argentina acusó la presencia de fuertes oleadas migratorias que se iniciaron a mediados del XIX: las lenguas extranjeras tuvieron una gran presencia en los centros urbanos y alrededores donde las posibilidades de trabajo sostenidas por políticas de estado favorecieron la llegada de inmigrantes.

Si pensamos en el gesto de separar a los sujetos por los criterios antes expuestos -u otros que habría que elucidar- no podemos dejar de advertir que concomitantemente a ello adviene un proceso de discriminación lingüística. Esa "actitud" hacia las lenguas que supone la naturalización de la existencia de lenguas superiores e inferiores (Moreno Cabrera, 2000) está en la base de lo que observamos en el cementerio: no pasa desapercibido el hecho de que hay un espacio anexado a un camposanto principal (y separado de él) donde la lengua mayoritaria (por no decir la única), el español, reina entre los epitafios mientras que al lado aparecen los epitafios de los otros, los raros, los sin lugar, los enterrados aparte con su lengua, también otra, desconocida, menor, tan imperfecta como los sujetos que las hablaron.

Los gestos de discriminación lingüística descansan en fundamentos que vienen de fuera de la lengua y que se vinculan con un intento de acentuar las diferencias entre los miembros de la población: aquellos/nosotros, los de fuera/los de dentro, los foráneos/los nativos, los católicos/los no católicos, etc. Desplazamiento social y desplazamiento lingüístico van de la mano también en el dominio de la muerte: las inequidades, los desequilibrios, las distinciones sociales se consolidan geográficamente y de allí lo que dijimos al comienzo del trabajo: las muertes están *geolocalizadas* (Scollon y Scollon, 2003), no se es igual en vida, no se es igual ante la muerte. Lenguas y espacialidad están imbricadas y la muerte, lejos de ser un principio de homogeneización, es un lugar donde la diferenciación se perpetúa. Y en esta lógica, el epitafio juega un papel fundamental consolidando en el nivel de la palabra las desiguales y posiciones sociales en una comunidad que está notablemente estratificada.

Finalmente, reconocimos algunas traducciones en la misma lápida y en este sentido nos preguntamos ¿cuál es la lengua de la muerte? o mejor, ¿en qué lengua enterrar? ¿cuál es la lengua que mejor se adecua para despedir al difunto? Esto no deja de ser un interrogante curioso porque pone en una encrucijada a los deudos del difunto quienes reconocen una doble pertenencia lingüística y con ello, una forma más de habitar el "entre" mundos.

La dimensión estética de la muerte

Crespo Fernández (2014) considera “el epitafio (o epígrafe funerario) en su sentido más amplio, como cualquier tipo de inscripción en enterramientos, ya sea más o menos extensa, en prosa o en verso, de carácter biográfico, narrativo, laudatorio, en un tono neutro, desgarrado o grandilocuente” (p. 30). Es a partir de esta observación que surge nuestro interés por reconocer si existen epitafios que recojan escrituras subjetivas, artísticas o poéticas. Para la caracterización de la muestra recogida, tomamos la distinción que propone este mismo autor quien distingue epitafios opinativos e informativos, y los caracteriza de la manera siguiente:

EPITAFIOS INFORMATIVOS	EPITAFIOS OPINATIVOS
Objetivos	Subjetivos
Locucionarios	Ilocucionarios / Perlocucionarios
Lenguaje impersonal	Lenguaje íntimo y emotivo
Fórmulas estandarizadas	Fórmulas personalizadas
Datos básicos de la defunción	Elogio del finado
Filiación del difunto	Consuelo ante la muerte
Función referencial del lenguaje	Pena de los deudos
	Funciones expresiva, conativa o poética del lenguaje

Tabla 1. Clasificación de epitafios de Crespo Fernández (2014)

Los dos ejemplos que siguen son casos de epitafios *informativos*: cómo se puede observar, la imagen 4 dice: “Dr. Franz Drake/Falleció el 16 de julio de 1913/a la edad de 62 años/su esposa y sus hijos/ a su memoria” y la imagen 5 “Julio A. Correa/ † 13.8.1958/Homenaje de sus amigos”. Son textos sucintos que aportan datos muy lacónicos sobre la defunción: fechas del deceso, nombre completo, responsables del escrito, etc. Es de notar que los símbolos religiosos (estrella de David y cruz cristiana) acompañan la palabra aportando una información que distingue el lugar del enterramiento: enterramiento en el Cementerio “El Salvador” o “San Jerónimo” respectivamente.



Imagen 4. Informativo (disidentes).



Imagen 5. Informativo (San Jerónimo).

Dentro de los epitafios *opinativos* que se muestran abajo, destaca la imagen 6 que presenta una escritura en dos momentos: a) “Solo muere/quien es olvidado/los cuido, los protejo/los acompaño. No me he ido, tan/solo me adelanté en el paso. Y/volveremos a estar juntos. Mientras/tanto estaré aquí con ustedes/cerca, bien cerca, hasta el último/día de sus vidas/Mamina” y b) “Hasta pronto madre amada:/Enrique, Nenina, David, Esil, Tere/Marcos, Ayita y Gabi”. El enunciador del primer tramo del texto es el mismo muerto, en este caso una mujer y madre, quien da consuelo a sus hijos. Es “mamina” la que se hace oír y habla a sus hijos. En un segundo momento, los hijos (8) saludan a su “madre amada” con un “hasta pronto” respondiendo al mensaje anterior. Es ella quien se “se adelantó en el paso” a la otra vida. Este epitafio es llamativo por el desdoblamiento de los enunciadores: casi no hay ejemplos en los que el muerto es quien se manifiesta y mucho menos que dé lugar a un diálogo directo con los destinatarios de su mensaje. Se trata de un intercambio entre vivos y muertos. Entre otros aspectos y adelantando algunos comentarios que haremos más abajo, aparece la metáfora de la MUERTE COMO UN PASO, UN PARTIR a otra vida. Esta expresión lleva inscrita la idea de movimiento, de traslado que conecta mundos.

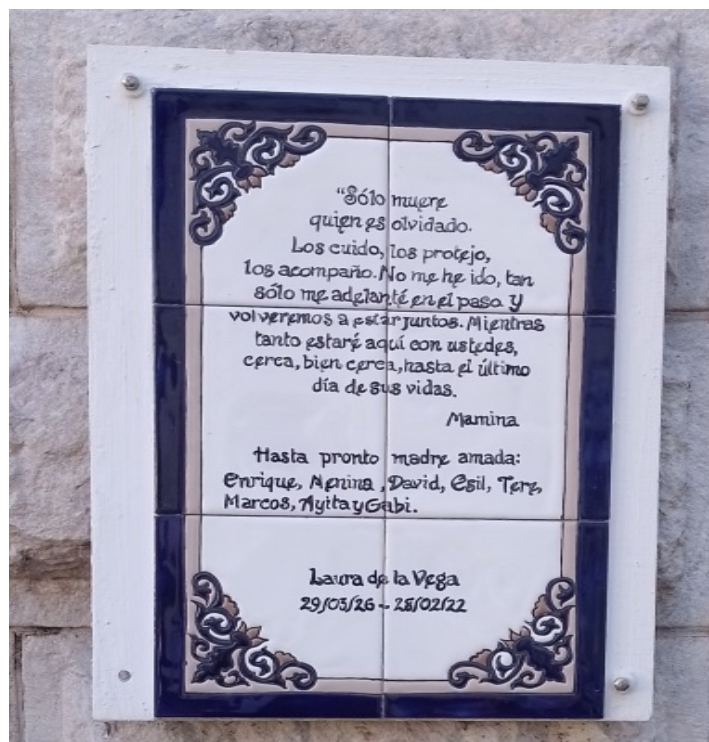


Imagen 6. Opinativo (San Jerónimo).



Imagen 7. Opinativo (San Jerónimo)

El epitafio de la derecha (imagen 7) dice lo siguiente: “Merceditas *10/4/1953 †17/12/1977/Señor: nos la habíais dado para/hacer nuestra felicidad, nos la/quitasteis, os la cedemos con el/corazón despedazado de dolor/tus padres”. Este epitafio, sumamente emotivo, despide a una joven veinteañera. Llama la atención el uso de los verbos conjugados para el pronombre “vosotros” que, para los años 50 del siglo XX, aún se usaba en Argentina en ocasiones especiales, solemnes, y luego entró en desuso.

Modos de conceptualizar y nombrar la muerte

Si retomamos la distinción anterior entre epitafios informativos, eminentemente objetivos, lacónicos y escuetos y los epitafios opinativos, más emotivos y subjetivos que los primeros, surge, en estos últimos, la palabra poética, más suelta, relajada que trasciende los datos de identidad, fecha, lugar y circunstancias de la muerte. En estos epitafios se rompe la máxima de la cantidad (Grice, 1975) porque se dice más de lo necesario y se avanza sobre un mundo que abre las puertas al más allá: la palabra adquiere otros matices y se constituye en un puente que permite cruzar el abismo de la muerte y ofrece la posibilidad de trascendencia.

Esta línea de observaciones abre la puerta a la reflexión sobre la dimensión eufemística o metafórica que se presenta en estos epitafios. Un eufemismo es, según la RAE, una “manifestación suave o decorosa de ideas cuya recta y franca expresión sería dura o malsonante” y una metáfora un “tropo que consiste en trasladar el sentido recto de las voces a otro figurado, en virtud de una comparación tácita” y también la “aplicación de una palabra o de una expresión a un objeto o a un concepto, al cual no denota literalmente, con el fin de sugerir una comparación (con otro objeto o concepto) y facilitar su comprensión”. Más allá de que no se trata de los mismos procedimientos, guardan entre sí una filiación muy cercana: decir una cosa en términos de otra. Más aún, como sugiere González (2019, p. 3) siguiendo a Chamizo Domínguez (2004, p. 45) se puede afirmar que todas las características que definen a las metáforas se pueden aplicar también a los eufemismos puesto que, como decíamos, lo que se produce es una transferencia desde un dominio conceptual (fuente) a otro (meta).

Un modelo teórico que explica con claridad estos recursos del lenguaje, haciendo hincapié en las metáforas, proviene del cognitivismo y fue desarrollado por Lakoff y Johnson (1986). En su trabajo los autores sostienen que todo el sistema conceptual -es decir, la manera en que entendemos el mundo- es esencialmente de naturaleza metafórica. La metáfora se resignifica como parte de los mecanismos cognitivos de todo ser humano y deja de ser considerada un mero recurso poético/literario/estilístico en tanto impregna nuestra vida cotidiana. En otras palabras, el procesamiento cognitivo del mundo que nos rodea y de nuestra interioridad está atravesado por procesos metafóricos. Las metáforas, según estos autores, son culturales y universales cuando tienen relación con experiencias físicas elementales de los sujetos. Así, se pueden encontrar en todas las lenguas metáforas para referirse, por ejemplo, al tiempo que hablan de su escasez, su valor o lo mucho que hay que cuidarlo: por ejemplo “me queda poco tiempo”, “no puedo perder tiempo”, “se te acaba el tiempo”.

Del total de epitafios registrados, hemos seleccionado algunos para ejemplificar estas expresiones metafóricas que amplían una serie de rasgos eminentemente denotativos hacia otro dominio: se produce un ajuste conceptual por medio del cual significados difíciles de explicar (muerte, dolor, finitud) son resemantizados en términos estéticos, literarios, sutiles: la metáfora de la luz, del paso, del renacer/descanso son ejemplo de ello.

Así, existen algunas expresiones que vinculan la MUERTE con el DESCANSO como se observa en la siguiente inscripción:



Imagen 8. Opinativo (San Jerónimo). QE [foto] PD
ATILIO MARCELO FRUND

† 1-11-1965 a la edad de 50 años

Tito: acongojados por tu partida/rogamos por tu eterno descanso/políticos y sobrinos

La expresión “eterno descanso” tiene una base experiencial física: es la posición del sueño, del cuerpo quieto y tendido de la que, en este caso, no se vuelve; además, el adjetivo “eterno” acentúa la inmovilidad: los familiares del difunto reconocen que no se trata de un descanso temporal. Esta metáfora funciona como un modo de aminorar la situación irremediable a la que refieren. Muy cerca de estos conceptos está también MORIR ES DORMIR (abajo a la derecha); de esto surge que el cementerio deviene “dormitorio” (Chamizo Domínguez, 2004, p. 49) y que pensar la muerte como un descanso también sea un recurso para provocar el efecto de consuelo en los familiares del muerto quienes entienden que no está muerto sino plácidamente dormido y lleno de luz (“nos seguirás iluminando el camino”) lo cual no es sino la antesala de la iluminación o, por qué no, la resurrección.



Imagen 9. Opinativo (San Jerónimo)



Imagen 10. Opinativo (San Jerónimo). (Ambas imágenes son gentileza de Julio Meliá).

Otra relación que surge del análisis es aquella que entiende que la MUERTE ES ESTAR CON DIOS (arriba a la izquierda). Esta conceptualización se observa en un sinnúmero de expresiones tales como “irse al hogar Celestial” o en “en el Cielo” de muchos epitafios; en estas expresiones, el dominio meta (el Cielo) tiene connotaciones positivas para los creyentes y funciona como una fuerza mitigadora con capacidad de consuelo para los familiares del difunto (Crespo Fernández, 2014).

El epitafio que sigue (imagen 11) contiene una metáfora orientacional (Lakoff y Johnson, 1986) por medio de la cual se entiende que MORIR ES CAER: la orientación arriba/abajo se vincula con lo positivo/negativo, de manera tal que arriba es vida, abajo es muerte. Más allá de la experiencia triste que esta relación supone, de lo que se trata aquí es de ensalzar las características nobles del difunto, de acentuar su reconocimiento público en el ámbito de una institución como es la Universidad y aún más, de elevarlo a la categoría de héroe en el marco de lo que seguramente fueron disputas políticas.



Imagen 11. Opinativo (San Jerónimo).

FRANCISCO GARCÍA MONTAÑO
 Caído por Dios y por la Patria
 en el claustro
 de la Universidad Nacional
 de Córdoba
 el día 11 de agosto de 1938
 HOMENAJE
 DE SUS CAMARADAS

En el siguiente texto epigráfico, la esposa e hijos se lamentan por la pérdida del esposo y padre, respectivamente. Destaca la actitud emocional cuando se menciona que “no existen palabras para

perderte para siempre” lo cual dota al texto de una carga expresiva notable. Existe un reconocimiento tácito de que la muerte significa una pérdida pero surge, a la vez, un modo de remediarla: la palabra. No hay pérdida si hay palabra y esto funciona como una explicatura en la medida en que

“el desarrollo inferencial a partir del concepto codificado ‘pérdida’ que se extrae durante el proceso de interpretación del epitafio [...] forma parte del contenido explícito comunicado por el autor de la inscripción al que llega el lector tras la búsqueda de relevancia del enunciado” (Crespo Fernández, 2014, p. 92).

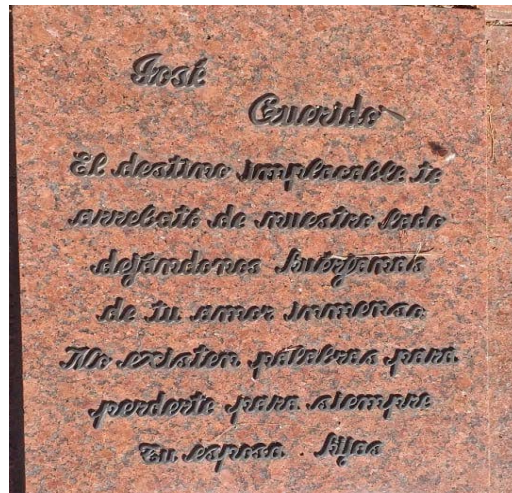


Imagen 12. Opinativo (San Jerónimo). (Gentileza de Julio Melián).

José querido
 el destino implacable te
 arrebató de nuestro lado
 dejándonos huérfanos
 de tu amor inmenso.
 No existen palabras para perderte para siempre.
 Tu esposa. Hijos

En epitafios opinativos como el anterior, se transgrede la máxima de calidad (Grice, 1975) por medio de la cual se recomienda que los mensajes no sean oscuros ni complicados: la expresión “no existen palabras para perderte para siempre” genera un halo de confusión al redundar en sentidos negativos: el “no” del inicio junto con el “perderte” refuerzan el sentimiento de pesar, sensación que se acentúa con el “siempre”. Así como mencionamos para ejemplos anteriores, existe una relación entre MORIR ES PERDER: esta metáfora conceptual oculta, por motivos de pudores y delicadeza, el sentido recto del verbo MORIR, así, en palabras de Crespo Fernández (2014)

“en el tabú de la muerte coexisten, como en ningún otro, interdicciones de naturaleza pública y privada, social y personal, según se desprende de los factores que inciden en el tratamiento de la mortalidad humana (el respeto al difunto y a sus deudos, la cortesía esperable ante un hecho luctuoso, supersticiones, miedos, etcétera)” (p. 58).

Otra construcción eufemístico-metafórica que registramos es VIDA ES LUZ / MUERTE ES OSCURIDAD (izquierda). En el ejemplo (imagen 13), además de estar evocados estos dominios está presente la idea de que el muerto, que aún vive, ES LUZ y esa luz está en la palabra “estrellas”. Esta metáfora expresa la falta, la vacancia, que deja el deudo pero que cuya presencia se va a eternizar en la luz de las estrellas. E incluso el gerundio “están cubriendo” aporta una sensación de contemporaneidad eterna que se potencia aún más con el “siempre”.



Imagen 13. Opinativo (San Jerónimo).



Imagen 14. Opinativo (San Jerónimo).

La imagen 14, por su iconicidad y el diminutivo “Merceditas”, parece estar dedicado a un menor de edad. Los familiares de la difunta tomaron las palabras de Wilde para hablar de su propio dolor. Este fragmento recupera los conceptos VIDA ES CÁRCEL/MUERTE ES LIBERTAD de manera tal que la muerte supone la liberación de las clausuras que supone la vida. Clausuras que son de todo tipo pero que están atrapadas en el cráneo, la celda, y que, una vez liberada esta opresión, no podrán resistirse ya a salir para hacerse oír, como los pájaros, en libertad. El canto y las alas de las aves constituyen un recurso bastante recurrente a la hora de expresar los sentidos de liberación.

Finalmente, un caso que no queremos dejar de mencionar y que se vincula con los procesos metafóricos de los que venimos hablando, es el que tiene que ver con la hipertrofia de rasgos positivos en algunos epitafios. No es de extrañar que queden registrados, públicamente, un sinnúmero de rasgos de carácter social y personal del difunto: sus sensibilidades como esposo, sus bondades como amigo, su rol ante la fe, etc. El epitafio que sigue (imagen 15) tiene casi un tono elegíaco que no sólo pretende ser un auto-consuelo (para quien escribe) ante el deceso, sino que además genera un efecto de exaltación y énfasis de una realidad pasada que se proyecta hasta el presente de quien enuncia. De hecho, Crespo Fernández (2014) afirma que

“La hipérbole es un recurso íntimamente ligado a la conceptualización metafórica. No en vano el hecho de magnificar y sobrepasar la realidad, más allá de los límites de la verosimilitud, como corresponde a todo proceso hiperbólico, es, después de todo, un proceso esencialmente metafórico” (p. 48).

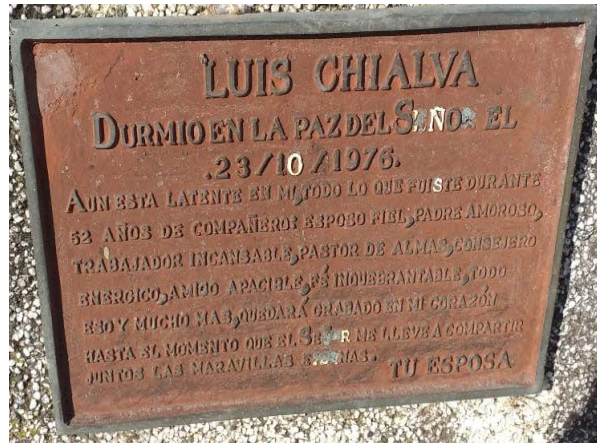


Imagen 15. Opinativo (San Jerónimo). (Gentileza de Julio Melián).

Luis Chialva

Durmió en la paz del Señor el

23/10/1976

Aún está latente en mí todo lo que fuiste durante 52 años de compañero esposo fiel, padre amoroso, trabajador incansable, pastor de almas, consejero enérgico, amigo apacible, fé inquebrantable, todo esto y mucho más, quedará grabado en mi corazón hasta el momento que el Señor me lleve a compartir juntos las maravillas eternas. Tu esposa.

Notas finales

El epitafio es el texto privilegiado del espacio público “Cementerio”. Constituye el centro de las manifestaciones lingüísticas de un paisaje en el que sobresale una escritura de la muerte. En el nivel textual, *strictu sensu*, podemos decir que es un texto escrito por los vivos aunque los enunciadores, a veces, son los muertos. La palabra puesta en circulación en los epitafios es un signo histórico y estético: las épocas, los estilos, las modas quedan fijadas en ellos de modo tal que su análisis supera las notas ofrecidas en este trabajo.

El PL observado en estos Cementerios (San Jerónimo y El Salvador) ofrece, a nivel discursivo-textual la oportunidad de reconocer la complejidad comunicativa en la estructura familiar entre los deudos y el difunto, el grado de distancia en los intercambios entre vivos y muertos y las formas de evadir la muerte. Estas inscripciones son, a veces, espectaculares mientras que en otras oportunidades se trata de una colección de datos sucintos con valor denotativo. Se podría afirmar que los epitafios constituyen toda una “literatura del recuerdo” (en palabras de Cees Nooteboom en Huerta, 2021): inscripciones que se erigen como un puente que conecta mundos en pleno corazón de la ciudad; escrituras que asumen un papel público como cualquier otra institución -escuela, hospital, templos, museos- pero que indexa presencias, las trae al aquí y ahora del paseante, las convoca, las recuerda y también, consuela.

El PL constituido por estas inscripciones fúnebres expresan en términos más cercanos y amables una experiencia que, en general, resulta “indecible”: estas escrituras nos ponen de frente a un tabú y es ella misma la que vehiculiza cómo lo gestionamos. Los epitafios hablan de los modos en que las sociedades viven su experiencia de la muerte: enterrar y hablar de ello es una experiencia trascendental, y la palabra acompaña ese proceso: “la letra, en su materialidad gráfica, pasa a ser una irrealidad irreductible, asociada con las más profundas experiencias de la humanidad” (Barthes, 1986, p. 120).

Para finalizar, un trabajo enfocado en el PL se erige además como fuente de información sobre los derechos humanos: el derecho del hombre a recibir sepultura es un derecho inalienable y no sólo un medio de preservación de la comunidad por razones sanitarias. En un punto neurálgico ciudadano se gestan retóricas de la muerte que acentúan su valor patrimonial: son los muertos de esta ciudad los que vehiculizan la memoria individual pero también colectiva, la microhistoria y la macrohistoria, la de una familia y la de la comunidad, todas ellas vectores de una sensibilidad que se abre entre generaciones y un diálogo siempre actual entre vivos y muertos. Y la escritura, en esta dinámica, se erige como el tercer espacio, un espacio “anfíbio”, del “entre”, liberador del dolor, catártico y urgente en la práctica tan acabadamente humana de “recordar”.

Referencias

- Achugar, H. (2003). Territorios y memorias versus lógica del mercado. *Cholonautas*. <http://www.cholonautas.edu.pe>
- Barthes, R. (1986). *Lo obvio y lo obtuso*. Buenos Aires: Paidós.
- Calvi, M.V. (2018). Paisajes lingüísticos hispánicos. Panorama de estudios y nuevas perspectivas en *LynX Panorámica de estudios lingüísticos*, n°17. Universidad de Valencia.
- Cenoz, J. y Gorter, D. (2008). El estudio del paisaje lingüístico. *Unknown Journal*. <https://pure.know.nl/portal/en/publications/el-estudio-del-paisaje-linguistico>
- Chamizo Domínguez, P. (2004). La función social y cognitiva del eufemismo y del disfemismo. *Panacea*, 5.15, 45-51.
- Crespo Fernández, E. (2014). *El lenguaje de los epitafios*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Catilla-La Mancha.
- Derrida, J. (2005). *La verdad en pintura*. Buenos Aires: Paidós.
- Franco-Rodríguez, J.M. (2008). El paisaje lingüístico del Condado de Los Ángeles y del Condado de Miami-Dade: propuesta metodológica. *Círculo de Lingüística aplicada a la Comunicación*, 35, 3-43. <https://cutt.ly/gemFNmt1>
- Grice, P. (1975). Logic and conversation. En Peter Cole y Jerry L. Morgan (eds.), *Syntax and Semantics: Speech Acts*, 41-58. Nueva York, Academic Press. https://doi.org/10.1163/9789004368811_003
- González, D.S. (2019). Eufemismos sobre la muerte en el Diccionario de la lengua española y en el Diccionario de uso del español. *ReDILLeT*, 2. <https://revistas.unc.edu.ar/>
- Huerta, R. (2021). *Cementerios para educar*. España: Editorial Aula Magna.
- Jaworski, A. y Thurlow, C. (eds.) (2010). *Semiotic Landscapes: Language, Image, Space*. London / New York: Continuum.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1986). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Landry, R. y Bourhis, R. (1997). Linguistic Landscape and Ethnolinguistic Vitality: An Empirical Study. *Journal of Language and Social Psychology*, 16(1), 23-49. doi: 10.1177/0261927X970161002
- Larra, M. (S/d). El día de los difuntos de 1836. https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-dia-de-difuntos-de-1836-figaro-en-el-cementerio--0/html/ff79053a-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html
- Moreno Cabrera, J.M. (2000). *La dignidad e igualdad de las lenguas. Crítica de la discriminación lingüística*. Madrid: Alianza Editorial.
- Moustaoui Srhir, A. (2019). Dos décadas de estudios del *Paisaje Lingüístico*: enfoques teórico-metodológicos y nuevos desafíos en la investigación. *Signo y Seña*, 35, 7-26. <https://doi.org/10.34096/sys.n35.6935>
- Nora, P. (1984) (dir.). *Les Lieux de Mémoire; 1: La République*. París, Gallimard. Traducción para uso exclusivo de la cátedra Seminario de Historia Argentina Prof. Fernando Jumar C.U.R.Z.A. - Universidad Nacional del Comahue, Argentina.
- O'Neill, M. y Roberts, B. (2019). *Walking Methods: Research on the Move*. <https://doi.org/10.4324/9781315646442>
- Petrucci, A. (1995). *Le scritte ultime. Ideologie della morte e strategie dello scrivere nella tradizione occidentale*. Turín: Giulio Einaudi.
- Piper-Shafir et al. (2013). Psicología social de la memoria: espacios y políticas del recuerdo. *PSYKHE*, 22, 2, 19-31. <https://doi.org/10.7764/psykhe.22.2.574>
- Pons Rodríguez, L. (2012). *El paisaje lingüístico de Sevilla. Lenguas y variedades en el escenario urbano hispalense*. Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla.
- Real Academia Española. 1992. *Diccionario de la Lengua Española*. 21ª ed. Madrid: Espasa Calpe.
- Scollon, R. y Scollon, S. (2003). *Discourses in Place. Language in the material world*. Londres: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203422724>